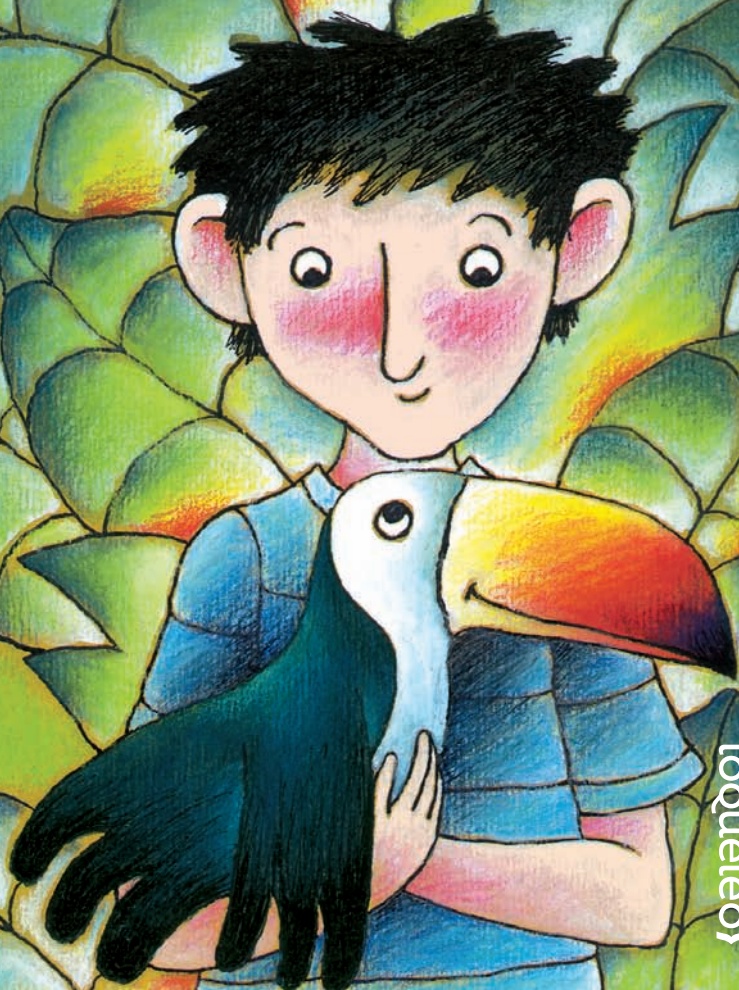


¡Nada de tucanes!

Elsa Bornemann

Ilustraciones de María Rojas



loquileo



www.loqueleo.santillana.com

© 1985, 1999, ELSA BORNEMANN
C/O GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA
www.schavelzongraham.com
© 2000, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4321-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: MARÍA ROJAS

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Bornemann, Elsa Isabel

¡Nada de tucanes! / Elsa Isabel Bornemann ; ilustrado por María Rojas. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

80 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4321-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Rojas, María, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 6.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

¡Nada de Tucanes!

Elsa Bornemann

Ilustraciones de María Rojas

loqueleq

*Al soleado recuerdo de Niilo Visapää
-mi amigo finlandés- y al aire libre.*

PUERTO IGUAZÚ

¿Has estado alguna vez en Puerto Iguazú? ¿Oíste hablar de las cataratas y las viste en folletos de turismo, en televisión o en el cine? ¿Vives allí, acaso?

Si tu respuesta es *sí* a cualquiera de mis tres preguntas anteriores, no necesito contarte casi nada acerca de las maravillas de la naturaleza que guarda ese lugar de la República Argentina. Con tus propios ojos y oídos habrás entonces —seguramente— atrapado para siempre la belleza que se desparrama generosa en ese pedacito de la tierra nuestra. Aunque... claro, no es lo mismo conocer el Iguazú que soñarlo a través de lo que nos cuentan o vimos en fotografías, postales o cintas. Por eso, antes de que leas o escuches

esta historia que escribí “de un tirón”, después de teñir mis suelas y mi corazón con la tierra colorada de aquella zona, te sugiero que –si aún no lo has hecho con tu familia– te des una vuelta por allá cuando crezcas y puedas viajar solo o sola. Sé que no vas a arrepentirte; es más, me harás –de ese modo– un extraño favor, puesto que yo estaré volviéndolo a ver a través de tus ojos.

Si tus respuestas han sido *no, no y no*, voy –entonces– a contarte que Puerto Iguazú es el nombre de un lugar de Misiones, esa provincia argentina que se tiende como un brazo amigo, tal como podrás ver en el mapa. Se llama Iguazú como el río que pertenece a Brasil y a la Argentina y que nos sirve de límite con aquel país. Forma una de las cataratas más notables del mundo y desagua en el río Paraná, con un curso total de unos mil kilómetros.

¿Por qué toda esta introducción? Pues porque allí, en Puerto Iguazú, vivían Tilo y sus padres.

TILO

Tilo era un muchachito solitario, larguirucho, de pelo oscuro y ojos que parecían dos nocecitas de invierno. Su casa estaba instalada próxima a las cataratas. Y hacia allá iba Tilo todos los domingos, a corretear por la selva de tierra colorada, entre los altos árboles apretados en hileras desaparejas.

A medida que se acercaba a las cataratas —atravesando los puentecitos colgantes— oía el estruendo que hacían al caer mientras sentía cómo se le iba humedeciendo la piel.

A veces, perseguía alguna lagartija hasta que ésta se escondía bajo una piedra o seguía con la vista los dibujos invisibles que formaban en el aire tantas mariposas azules. Y ahí o allá, Tilo buscaba las orquídeas abrazadas a

los troncos de los árboles. No para cortarlas, nada de eso: al encontrarlas se estiraba todo lo que podía para tocarlas y sentir la impresionante suavidad de sus pétalos.

También, le gustaba sentarse a escuchar el parloteo de los loros y de los papagayos que volaban de copa en copa. “Algún día voy a entender lo que se dicen...”, pensaba divertido. Y –divertido– observaba los juegos de los monitos que saltaban de rama en rama y que se trepaban, con tanta gracia, por las enredaderas.

Sí, era indudable que Tilo era un muchachito solitario... Pero buscaba la soledad porque de tal modo podía sentir –intensamente– ese contacto con la naturaleza que lo hipnotizaba.

Colores, aromas, sonidos, aleteos... Y el estruendo de las cataratas al desplomarse en millones de gotitas, sobre las que el sol pintaba el arco iris.

Y él, Tilo, apenas un muchachito así de alto, adueñándose con los cinco sentidos de tanta belleza suelta.

Soledad poblada la de Tilo. Llena.

Porque, ¿es que en verdad se está solo cuando uno se encuentra en compañía de todo lo que ama? ¿Qué te parece?



UN DOMINGO DIFERENTE

De entre tantos domingos pasados junto a las cataratas, Tilo recortó para su recuerdo uno en especial, un domingo que no olvidaría nunca: aquel en que —de pronto— a medio metro de sus pies y caído sobre el suelo, halló un precioso tucán que aleteaba herido. Su arqueado pico anaranjado y su plumaje negro, empolvados de tierra colorada.

Tilo se arrodilló a su lado e intentó acariciarlo. Asustado, el tucán dio entonces una dolorosa voltereta y trató de volar. Inútil. Su ala izquierda seguía quieta.

—No temas... —le dijo Tilo—. Si no voy a hacerte daño...

Pero —lógicamente— el ave tenía miedo.

“¿Cómo le hago entender que quiero ayudarlo? —pensaba el muchacho—. Si pudiera hablar en tucanés...”.

Sólo después de un largo rato de nerviosos movimientos, el tucán pareció confiar en la voz y en las manos de Tilo y se dejó agarrar.

El chico hubiera podido aprisionarlo por la fuerza, claro, pero sabía que de esa forma hubiera aumentado —aún más— el temor del tucán. Ya bastante sufría el pobre, con su alita lastimada... Además, ¿para qué lograr por la fuerza lo que podía conseguirse con paciencia y dulzura?

“Si yo fuera un tucán, también tendría miedo de una persona como yo...”, pensaba Tilo, mientras tomaba el ave con mucho cuidado.

Lo ubicó entre sus brazos y le acercó su mejilla morena al ala lastimada.

—No tiembles... Yo voy a curarte —le susurró entonces. Y rumbeó para su casa, repitiéndole durante todo el camino—: No tengas miedo... Soy tu amigo...